

LA COMEDIA DEL PODER

CARLOS FUENTES

CONOCI a Françoise Giroud una tórrida noche de junio, la de la temperatura más alta registrada en París desde 1871, el "año terrible" del poema de Víctor Hugo, cuando Napoleón III cosechó los frutos de su Vietnam mexicano, Bazaine capituló en Metz y fue sometido a proceso por traición, los prusianos desfilaron por los grandes bulevares que Hausmann trazó a la anchura del paso de tropas y Bismarck se instaló en el napoleónico palacio de Beauharnais para admirar el Sena desde las pelusas de una terraza que, poco después, sería mirador de los días hermosos y sangrientos de la Comuna, advertencia constante de que las revoluciones que pisan culebras pero no las decapitan serán víctimas de los Thiers, los Huerta, los Pinochet.

Pero Francia no vive, esa noche, una situación prerrevolucionaria, por más que la anomalía electoral divida al país en dos bandos polarizados políticamente, hecho que no refleja la ubicación psicológica, social, económica o cultural de los franceses, situados mayoritariamente en un centro-izquierda al cual el Presidente Giscard intenta ofrecerle el refugio evolutivo de las reformas en tanto que el jefe real de la oposición, François Mitterrand, elabora pacientemente, con una perseverancia que desmiente cualquier sospecha sobre su fragilidad, las opciones de un socialismo gestionario, descentralizado, a la altura del desarrollo objetivo y subjetivo del país más civilizado del mundo. Hay un hecho central: la clase obrera francesa no es monopolio del Partido Comunista; los trabajadores también militan bajo signos socialistas, católicos y golistas. Francia no tiene por qué ser (no puede ser) ni una democracia popular estalinista ni un fascismo dictatorial capitalista: puede ser (debe ser) el primer ejemplo de una nación de gran desarrollo industrial que transita con originalidad a formas sociales inéditas, flexibles, fundadas en la iniciativa de los grupos plurales del cuerpo civil.

Pienso todo esto mirando el hermoso perfil de Françoise Giroud. Militante del Partido Radical, votó por Mitterrand y es ministro de la Condición Femenina en el Gabinete de Giscard. Ocupa el tercer lugar en los sondeos de popularidad personal en Francia (el primero, signo de los tiempos, le corresponde a otra mujer: Simone Veil, ministro de la Salud). Nos recibe esta noche en el magnífico hotel dieciochesco que le fue atribuido al benjamín (o será benjamina) de los Ministerios. Pero la vieja burocracia francesa, obra de Richelieu y Colbert ya ha pasado por estos salones, asociada, como siempre, a una paralela tradición literaria: el funcionario Henri Beyle garabateó oficios en la mesa que ahora ocupa el secretario del ministro Giroud; el escritor Stendhal describe el edificio en *La vie d'Henry Brulard*; El hombre Beyle-Stendhal confiesa haber "orinado junto a los tilos"

del jardín que observamos mientras cenamos con las ventanas abiertas.

El calor impone la paz de los ángeles a la reunión. Incluso el inefable embajador de Nixon, el magnate Kenneth Rush, se abstiene de lanzar sus impertinentes sermones sobre el creciente aislacionismo norteamericano y la amenaza de retirar tropas estacionadas en Europa. La temperatura obliga a apagar los gigantescos candiles y la conversación adopta el tono de la penumbra discreta de una noche lunar. Estudio la cabeza de nuestra anfitriona, sentada junto a una ventana: la luz de la luna realza la belleza de sus rasgos mediterráneos, el brillo inteligente de unos ojos tan antiguos y sabios y secretos como las costas de los viejos Imperios clásicos: un orgullo griego en la posición de la cabeza, una sonrisa levantina en los labios, la tez morena surcada por énfasis de voluntad que sacuden la cabellera corta, espesa, entrecana. He visto este rostro en museos de Atenas y Heraklion; lo he adivinado en alguna estrofa de Marlowe: Françoise Giroud, obrera, cineasta, luchadora de la Resistencia, periodista, también ha lanzado mil na-

Las naves de Françoise Giroud son las de la participación pluralista.



víos a una política que, por definición, no desea que se perturbe su placidez: no hagan olas.

Sólo una voz tan serena y mesurada en sus tonos puede dar expresión a tanta energía: "Normalmente —me dice— la política del poder es el arte de impedir que la gente se inmiscuya en lo que la concierne".

Las naves de Françoise Giroud son las de la participación pluralista. Desde el Ministerio de la Condición Femenina animó el encuentro de las reivindicaciones, justas o injustas, máximas o mínimas, pero siempre aplazadas, de las mujeres francesas, con la responsabilidad social que el Estado les debe. Su convicción: "Todo el esfuerzo de la sociedad debe tender a la protección de las mujeres durante la edad procreativa y no a convertirlas, a los cincuenta y cinco años, en desocupadas miserablemente indemnizadas o, lo que es peor, en pensionadas prematuras". Su apuesta: "Simpatizo con todas las mujeres, aun las más peligrosas: las que ven en toda mujer que ha escapado a su antigua servidumbre un insulto viviente, más doloroso mientras más secreto". Más tarde, como ministro de la Cultura, saltó las trancas de la abulia burocrática, disolvió el síndrome kafkiano aplicado a la cultura y se limitó —ancho límite— a establecer condiciones para la libre creación teatral, cinematográfica, musical, televisiva; se ganó el respeto de todas las tendencias porque se apartó de todo afán dirigista, tentación demagógica o trampa de censura para dar lo que el Estado debía dar como obligación social y retirarse en seguida, dejando el campo libre a los creadores que jamás se sintieron, ante ella, subvencionados filantrópicamente, sino copartícipes de una transformación de la vida cotidiana. Para Françoise Giroud, Francia es tierra de cultura sólo si la belleza de museos y monumentos se extiende a la libertad (la cara invisible de la estética) de crear belleza inédita y, ¿por qué no?, peligrosa, tan peligrosa como esas mujeres cuyo secreto es su dolor y su dolor su insuficiencia: es decir, su necesidad, primer nombre de la libertad.

Cuando renuncié a la Embajada de México en Francia, recibí un alud de comunicaciones de aprecio y solidaridad de todos los sectores de la vida política e intelectual francesa. Comedias del poder; en la misma época, Françoise Giroud, víctima de menudas tácticas electorales, abandonaba el Ministerio de la Cultura. Conservo la carta que entonces me dirigió como la más conmovedora y sincera que recibí. Nuestro trato oficial se convirtió en amistad: en reconocimiento.

Es divertido pensar que Françoise Giroud

fue una periodista que, mimetizada en ministro, sorprendió, anotó y dio a conocer los gestos invisibles del poder. No me corresponde juzgar sus juicios sobre personalidades de la política francesa a las que conozco, en muchas ocasiones aprecio y en todas me reservo el derecho de escribir y describir desde mi particular perspectiva de latinoamericano en Francia. A los nueve meses de abandonar sus funciones, Françoise Giroud ha parido un libro que, más que sensacional, es saludable (1). Y es precisamente mi condición de latinoamericano la que informa mi lectura de un libro que, como dijo Salvador Elizondo de uno mío escrito para mexicanos, es sobre todo un libro para franceses.

No obstante, hay dos aspectos que permiten la lectura universal de la obra de Françoise Giroud. El primero no hace sino confirmar lo que mi conocimiento de ella, modestamente segura de que la obra de un ministro no tiene por qué saberse, sobre todo porque no afecta mayormente el curso de los acontecimientos, siempre me permitió intuir: que más que una periodista disfrazada de funcionario en los grandes Consejos de Francia, mi amiga Françoise fue una aliada política lúcida de nuestros países, una voz que supo diagnosticar a tiempo la crisis que vivimos, "Crisis de civilización": Malraux fue el único que la vio y lo dijo en mayo de 1968. Françoise Giroud no pretende competir —¿quién podría hacerlo?— con los talentos lapidarios de su antecesor en el Ministerio de la Cultura. Mejor, cita a Tocqueville:

"En todas partes, las viejas instituciones y los viejos poderes ya no se ajustan exactamente a las nuevas condiciones y a las nuevas necesidades de los hombres".

Mussolini, demagogo supremo de nuestro tiempo, precavó a los hombres de poder contra la trampa mortal de la coherencia. La coherencia compromete; el tartamudeo es patente de corso de la irresponsabilidad. Coherente y comprometida, Françoise Giroud parte de las tareas exactas y concretas exigidas por la condición de las mujeres y de la cultura en Francia para filtrar, a través de ellas, una crisis que nos concierne a todos: la crisis del progreso. Crisis de un espejismo, la etapa anómala de la vida económica occidental durante la cual, a lo largo de toda una generación, el poder de compra aumentó año con año hasta semejar una ley de la Naturaleza, "como el crecimiento de los árboles o de los cabellos", y procreó una fe beata de múltiples implicaciones teológicas: religión de crecimiento acelerado, de la urbanización gigantesca, de la industrialización caótica, de la centralización a ultranza; pero también, añade Françoise Giroud, "religión de la secta comunista depositaria de una teoría científica de la Historia, detentadora única de una verdad de gusto suculento y absoluto".

La verdad, dijo Ernest Renan, siempre es triste. Françoise Giroud contempla el tiempo de las ruinas y se pregunta si lo que nombramos "progreso" no es más que una manera de cambiar de infelicidad. En 1970, la religión del progreso preveía viajes turísticos a la Luna y banquetas con

calefacción para 1980. En 1978, lo único que se sabe es que en 1990 se habrán agotado los recursos indispensables para mover a un Cadillac. La modesta proposición de Françoise Giroud: puesto que ya sabemos que no habrá más, ¿por qué no decidimos a ser más, a existir más, cualitativamente? Pero esto supone el reordenamiento mundial de la economía, la aceptación de que las instituciones creadas en Bretton Woods se han vuelto obsoletas y que el mundo nacido del proceso de descolonización, el desorden monetario global provocado por la guerra de Vietnam, el jaque de la OPEP y la crisis paralela de los



**"Los gobernantes y sus
consejeros
—dice madame Giroud—
sólo frecuentan
las estadísticas".**

modelos universales de Oriente y Occidente, requiere nuevas instituciones y nuevos poderes que se ajusten a "las nuevas condiciones y a las nuevas necesidades de los hombres".

Los gobernantes y sus consejeros, dice Françoise Giroud, sólo frecuentan las estadísticas; su peligro más grande es que se han divorciado de la vida verdadera. A menudo, la necesidad se confunde con la costumbre, olvidando que "el campo de lo posible es aún vasto; en él florecerán mañana las nuevas flores. Y sus espigas". Los gobernantes de mañana, "sean quienes sean", se verán obligados a inventar. Y sobre todo —sobre todo— a permitir que se invente. Pensar lo contrario es insultar al

futuro. Y Françoise Giroud dice que nadie posee ese derecho.

La gestión política de mi amiga Françoise se desarrolló dentro de una de las Administraciones Públicas, como ella misma lo concede, más honradas, eficientes y valorativas del mundo: la de Francia. No obstante, por ser el mundo y no sólo Francia lo que es, la escritora no duda en invocar la sentencia de Ernest Lavisse: "El poder público... es un consorcio de personas llegadas al poder por un accidente inicial y ocupadas en prevenir el accidente final".

Françoise Giroud ingresó al poder sin ilusiones y, sobre todo, sin confundir, en los demás o en sí misma, la persona y la función. Las páginas más sabrosas de su libro —la verdadera "comedia del poder"— están dedicadas a esta confusión generalizada, en la que los ministros jamás se preguntan si poseen las capacidades para su cargo o si, al dejarlo, pueden reencontrar sus personas. ¿Cómo ser ministro? Aceptando una estrecha red de convenciones, jugando un complicado juego de "cortestas chinas" cuyo código conocen todos, interpretando un papel teatral en una pieza cuyos diálogos obligados todos conocen: texto inmutable, intérpretes canjeables. El ministro típico es soberbio en la selección de sus fines, pero débil en la selección de sus medios. Como los actores, los ministros pierden el derecho al fracaso; terminan por actuar fuera de todo contexto real y terminan por operar al enfermo de tal suerte que muera curado.

En cambio, ¿cómo dejar de ser ministro? Triste verdad, otra vez Renan: ningún ministro puede dejar de serlo, porque para serlo dejó de ser él mismo. Tal es la norma. La excepción es Françoise Giroud, que era ella antes de ser ministro, no dejó de ser ella siendo ministro y siguió siendo ella cuando dejó de ser ministro.

Recuerdo la recomendación que Françoise Giroud se hace a sí misma antes de aceptar un puesto público: serás poco sensible a los honores que se dirigen a la función y no a la persona, así como a su desaparición.

Pero más allá de los extremos de la confusión entre la persona y el título (norma) y la separación que identifica sólo a la persona (excepción), existe el vasto campo, arriesgadamente coherente, cómodamente incoherente, accidentado en su principio y en su fin, condenado si confiere rango de necesidad a la costumbre, útil sólo si sabe renovar y sobre todo si permite a los demás renovar, de la res pública. Allí, de nuevo, se hacen presentes las palabras de Françoise Giroud:

"... las democracias no tienen padre tutelar, sino apenas delegados, más o menos inteligentes, que cumplen las tareas ingratas que incumben a los Presidentes, los ministros, los parlamentarios, los administradores... El Rey y su corte están desnudos: mientras más pronto lo sepamos, más pronto se presentarán las oportunidades de modificar las relaciones de autoridad, las estructuras del poder y las relaciones de cada cual con el Estado". ■

(1) Françoise Giroud, *La Comédie du Pouvoir*. Fayard, París. 362 páginas.